

LETRAS

## Elegía de la Fábrica de Luz

Por MANUEL GONZÁLEZ GIL

Ingeniero Industrial

¿Elégiaco?... Sí. Como corresponde a un cacereño trasplantado de los bosques pardos de nuestros encinares a esta selva de chimeneas negras del barrio barcelonés de San Martín. Recuerdo es tristeza: Añoranzas de sentimientos placenteros o pesadumbre de dolores sufridos. El recuerdo siempre se salda con pérdidas. Así es que al enviar un recuerdo a mis paisanos acogiéndome a la hospitalidad cacereña que me brinda la flamante Revista ALCÁNTARA, me invade la nostalgia.

Todo lo de nuestro Cáceres ha de ser romántico; distinto. Sus edificios; su campiña; sus muchachas y sus fábricas.

Se galvaniza el entendimiento ante el gigantesco rascacielos de Urquinaona; pero tiembla el corazón ante la Casa de los Golfines con sus grifones escupiendo historia. Se impresiona el ánimo ante la inmensidad de la sábana de plata de una pleamar del Mare-Nostrum, pero es más delicioso el oleaje de nuestro centeno abribeño haciéndose la permanente con los aires portugueses impregnados de *saudades* que pintan la armonía dulce de un fado en la primavera cacereña. El Mediterráneo tiene grandiosidad; nuestra campiña tiene además: recuerdos.

¿*Saudades, souvenir?* ¡Recuerdos! Pérdidas.

Motivo de orgullo español es admirar esta industria textil catalana, con máquinas tan perfectas que no les falta más que hablar. Decir algo al corazón. Como aquellas centralillas eléctricas de nuestros pueblos, que el vulgo llamaba *La Fábrica de la Luz*. Potencial fabril y potencial emotivo. Hidalgo y «parvenu». Tradición y revolución.

¡Aquellas Centralillas rústicas con sus motores asmáticos que calentaban sus huesos de acero con la raíz de nuestros brezos y que vimos en la niñez levantarse en cualquier muladar de esos benditos pueblos con todos los dolores de la creación! Y después fuimos invitados a su *bautizo*. Ceremonia de

la bendición que se realizaba con el nombre de bautizo, mientras temblaban las tejas vanas sobre su lecho de retama a los resoplidos del motor y los chiquillos atacábamos las golosinas de la fiesta.

La Serrana, La Casareña, La Zoriteña... una letanía de sustantivos que eran otras tantas Centralillas rústicas que garantizaban un alumbrado deficiente, pero seguro, y un pan moreno, pero diario. Los Párrocos bendecían la maquinaria de aquellas Santa Ana; La Virgen del Rosario; La Virgen de Guadalupe... al lado de unos empresarios vestidos de estameña que decían *el maneto* y *el dinamo* pero que respetaban los crepúsculos que marcaba el calendario.

¡Pocas *Fábricas de la Luz* entraron en quinta!. Del candil a la Centralilla, sin retroceso, y de éstas a los SALTOS del DUERO con vuelta al candil.

¡La Serrana, La Casareña...! ¡Como oigo las carcajadas de vuestros motores asmáticos en la tumba fría a que os llevaron manos irreflexivas cuando oís la Orden X. de la Restricción en el Consumo de Energía Eléctrica.

En bandeja de plata os sirve la venganza vuestro pomposo verdugo, ante la impotencia de sus 78 kilómetros de embalse, con cuatro pueblos sepultados en él y sus cuatro grupos de 45.000 kilovatios. Dios siempre tiene en sus manos la última bomba atómica.

Una lágrima y una oración para aquellas *Fábricas de la Luz* rústicas con sus motores asmáticos, que bramaban como bueyes, que se amamantaban con raíces del brezo de nuestras rañas y que tenían unos empresarios vestidos de estameña que decían *el maneto* y *el dinamo*, pero daban luz todos los días del año.

Barcelona, 25 de Octubre de 1945.

(Exclusivo para la Revista ALCÁNTARA).



## IDEARIO EXTREMEÑO

«La unidad, que es lo grande, sin la variedad, que es lo bello, es siempre tristemente austera y tristemente grandiosa».

DONOSO CORTÉS.

«Jamás puede llegar a ser infeliz una nación donde se trabaje y el trabajo viva favorecido».

FORNER.

## Un niño en la ventana

(Relato bárbaro)

Por FERNANDO BRAVO.

ROMANCE

La Costanilla de Alzapán, con desdentado pavimento de informes guijarros, con casuchas pardas de una sola planta—por fuera puerta y ventana, y al interior zaguán y alcoba—, es la última calle del pueblo en derechura a la ermita del Cristo del Humilladero, crisol de dolores, nidal de esperanzas, que no lejos, en la encrucijada de caminos, albea su cándida arquitectura entre el verdeplata perenne de los olivares que la enmarcan.

La Costanilla de Alzapán, ya puesto el sol en la neblinosa tarde de invierno, hierve en voces de comadres, greñas de chiquillos y trajines a la vuelta del trabajo. Humean vida hogareña las chimeneas que emergen agobiadoras por su gran tamaño sobre los tejados y flanquean la calle fingiendo torreones.

Costanilla arriba pasan unas aceituneras entonando un cantar de aviesa intención, mientras cruzan señas con los mozos vareadores que las cortejan.

—Lavandera, lavandera, || —le ha preguntado el galán—  
¿por qué lavas siendo bella? || —Lavo por ganar el pan.

—¿Y no tienes tú marido || que te quite el trabajar?

—Lo tengo por mi desgracia || para beber y jugar.

—Repleta tengo mi casa, || repleta, no puede más;

lavandera, si tú quieres, || a lavar no volverás.

De amores la requerida || mirando el agua pasar,

tras la corriente del río, || ay, se quisiera marchar.

—Lavandera ¿dónde vives? || —le ha preguntado el galán—.

—Vivo donde no quisiera: || Costanilla de Alzapán....

Subida la cuesta, ya en el altozano, se perdió el cantar entre sonrisas y rumores.

RESBALÓN

Es de noche. En la barga de la costanilla una casucha de adobes roídos guarda como un latigazo el eco flagelante de la canción vespéral.

La casa es parigual que las vecinas; solo difiere de ellas en que al fondo tiene, además, un corralillo con cuadra, pero sin gallinas ni caballerías.

Bajo el mellado tejeroz de la calle, el vano de la entrada con el umbral desgastado, las jambas encorvadas y el dintel revenido, lo cierra un portón de maderas añosas, pandeadas y a medio desclavar, con un enorme cerrojo que tiene a las armellas a punto de desprenderse. A la izquierda, entrando, una ventana que más parece bulanra con dos barrotes cruzados y un tosco postigo.

Dentro el zaguán es amplio pero cochambroso. El suelo, que debió estar enlosado, solo conserva alguna que otra lancha como muestra. Las paredes, con ese amarillor sucio que les presta el humo cuando no se las blanquea amenudo, lucen sus desconchados con la misma tranquila impudicia que los mendigos sus lacras. El techo de tejavana se comba renegrido entre las gemosas vigas que lo sostienen.

Frente a la entrada se encuentran las puertas del pasillo y de la alcoba,